

1

INTRODUCCIÓN

NUESTRO querido amigo Alberto Sánchez Álvarez-Insúa sentía un especial interés por las colecciones literarias de la llamada Edad de Plata, y sus preferidas entre todas ellas —si no tenemos en cuenta las colecciones de novelas sicalípticas...—, siempre fueron por su calidad artística y literaria *El Cuento Semanal* y *Los Contemporáneos*. Y fue esta última colección la que se propuso catalogar como trabajo final de los cursos de doctorado de filología Hispánica que estaba realizando en la Complutense de Madrid.

Alberto llegó a tener —la palabra exacta sería acumular— varias colecciones de *Los Contemporáneos* en diferente estado de conservación, números sueltos, encuadernados, con y sin cubierta...

Con esta materia prima a su alcance se dispuso a catalogar los casi novecientos números que componen la serie. Catalogación que llegó a terminar. A lo largo de los años publicó algún que otro artículo dedicado al asunto, pero lo cierto es que sus múltiples intereses le fueron apartando del proyecto. En más de una ocasión le preguntábamos los que con cierta asiduidad le visitábamos en su despacho de la calle de Vitrubio —principalmente José Luis Martínez Montalbán y yo—, por qué no terminaba de una vez el trabajo sobre *Los Contemporáneos* y lo publicaba en la colección *Literatura Breve* que el mismo dirigía en el CSIC. Pero siempre se escabullía, sin dar mayores explicaciones. El caso es que dejamos de inquirirle sobre el tema y nos dedicamos a otros menesteres, que eran muchos, en nuestro común empeño de aprender más sobre las colecciones literarias.

Así estaban las cosas, cuando Alberto tuvo la ocurrencia de morirse y, llegados a ese punto, parecía haber llegado el punto final para *Los Contemporáneos*.

Pasado algún tiempo, José Luis Martínez Montalbán —nuestro entrañable Monty, otro químico, compañero de estudios de Alberto metido a filólogo y colaborador en la colección *Literatura Breve*— emprendió la titánica tarea de catalo-

gar la biblioteca de Alberto, mientras intentaba continuar el último trabajo en el que Alberto y él estaban enfrascados: actualizar, corregir y aumentar la conocida y pionera obra *Bibliografía e Historia de las Colecciones literarias en España (1907-1957)*, publicada en 1996.

Por aquel entonces yo estaba terminando de catalogar la *Revista Literaria Novelas y Cuentos* y, como tenía que confirmar una serie de datos, me uní a José Luis y a viuda de Alberto, Marién, en su domicilio de la calle Chicuelo, para consultar la colección completa de *Novelas y Cuentos* que había pertenecido al padre de Alberto, el crítico de arte Mariano Sánchez Palacios.

Allí nos juntábamos todos los martes de once a dos de la tarde para poner en orden aquel maremágnum de libros, revistas, folletos y toda clase de papeles impresos acumulados durante años en aquellas estanterías.

En una de las muchas conversaciones que manteníamos José Luis y yo iban surgiendo innumerables ideas sobre qué colección sería interesante catalogar. Volvimos sobre el trabajo de Alberto y *Los Contemporáneos*.

Dicho y hecho, nos pusimos a buscar por si aparecía por alguno de los rincones de aquel inmenso sótano convertido en depósito de papel impreso. Encontramos un número indeterminado de tesis doctorales de unas y de otros, que le habían sido enviadas a Alberto a lo largo de los años que dirigía la revista *Arbor*, con la esperanza de que fueran publicadas en alguna de las colecciones del CSIC. Pero del trabajo de Alberto ni rastro.

Seguimos a lo nuestro, tanto en la biblioteca de Alberto como en la Fundación Germán Sánchez Rupérez, en las naves del Matadero de Madrid, donde nos citábamos para echar una mano a las bibliotecarias con la colección de novela popular que Fernando Eguidazu había depositado en esta institución para su guarda y catalogación.

Por un tiempo, dejé de ir a casa de Alberto porque estaba acabando de depurar toda la información recopilada sobre *Novelas y Cuentos* y además trabajaba con las últimas correcciones del libro que sobre La Editorial Molino, había escrito junto a Fernando Eguidazu. José Luis también andaba muy enfrascado en organizar una exposición dedicada al autor más importante de novela popular en España, José Mallorquí.

Un buen día me llamó José Luis para decirme que había aparecido el tesoro: consistía en un montón de folios manuscritos a una sola cara que contenían las fichas de todos los títulos publicados por *Los Contemporáneos*.

¿Qué hacer ahora?

Decidimos transcribir aquellas fichas, ayudados con los ejemplares originales, en la idea de publicarlo posteriormente.

El plan de trabajo fue el siguiente:

- Transcribir y corregir los datos que pudieran estar equivocados.
- Escanear todas las cubiertas de la colección.
- Organizar un catálogo-índice de autores literarios y de ilustradores.
- Recopilar los otros trabajos que pudieran existir sobre la colección, escritos por Alberto.

Así, cuando hubiéramos terminado todo lo anterior, redactaríamos una introducción relatando toda la aventura, propia de un bibliomystery.

Cuando ya habíamos transcrito gran parte de las fichas y escaneado un buen número de cubiertas, lo que nos llevó bastante tiempo, José Luis en una revisión médica rutinaria se infectó de unos de esos virus que pululan por los hospitales y se fue a hacer compañía a su amigo del alma. Allí donde estén, seguirán acumulando papel impreso para desesperación de San Pedro, de ángeles y de arcángeles. Supongo que Dios mirará indulgentemente a sus dos inquilinos cuando se muestren el uno al otro una desconocida obra de Carrere –las novelas sicalípticas son puntualmente decomisadas por el cancerbero celestial– o un escrito inencontrable de Francisco Gómez Hidalgo.

Ante la ausencia de José Luis, decidí darme un respiro, porque parecía que aquellas cuartillas llevaban algo parecido a la maldición de Tutankamon.

Pero de tarde en tarde retomaba el asunto, y poco a poco logré armar el índice de autores literarios y el de ilustradores. También intenté seguir escaneando las cubiertas, pero tuve que desistir porque los ejemplares que quedaban por reproducir estaban encuadernados, lo que hacía muy difícil, por no decir imposible, la labor.

Me quedaba acabar de corregir y transcribir las fichas y, aprovechando los días de confinamiento a que nos obligaba el coronavirus, decidí retomar el asunto.

ANTONIO GONZÁLEZ LEJÁRRAGA
Madrid, marzo-abril de 2020 año de la peste